

PUBLICACIONES *Cinema*

Hans Adalbert
von Schlettow
y Wera Engels



WOLGA-WOLGA

WOLGA - WOLGA

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

ALEXANDER VOLKOFF y WALTER JANSSEN

Arreglo musical: RUDOLF PERAK

Coros: Los auténticos Cosacos Blancos del Don



UNA PELICULA DISTRIBUIDA POR

HISPANO-ITALO-ALEMAN-FILMS
BARCELONA

Argumento narrado por
PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

HANS ADALBERT

VON SCHLETOW

WEA ENGELS

HEINRICH GEORGE

OLAF BUCH

RUDOLF PLATTE

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

TALLERES GRAFICOS VDA. M. BLASI - BARCELONA

WOLGA - WOLGA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Rusia, 1669, bajo el imperio del Zar Alexey Michailowitsch, llamado «El Pacifico»...

Del lejano confín de Astrakan, remontando el río Volga, llegó un día Stenka Rasin a Moscou, la floreciente capital del vasto Imperio ruso. Venía con una misión especial, la de pedir justicia para los suyos, la de invocar derechos que les habían sido arrebatados injustamente. Sabía que el bondadoso señor que regía los destinos de su Patria, el Zar Alexey, a quien su pueblo llamaba «el padrecito» no se negaría a escucharlo, porque su imperio estaba basado en la bondad y la justicia.

No le arredraron las grandes murallas ni las formidables torres del Kremlin. Sabía que la muralla viva que le separaba del Zar sería más difícil de franquear todavía... Pero Stenka Rasin, el cosaco, hombre rudo y sencillo, tenía una voluntad de acero y ella le ayudaría a vencer todos los obstáculos.

Y así fué como la mañana de aquel domingo, cuando el Emperador abandonaba la iglesia después de la ceremonia del servicio dominical, entre el deslumbrador brillo de las luces, la pompa litúrgica, los suntuosos vestidos de los altos dignatarios que le acompañaban, al cesar el estrépito de las campanas y el canto de los coros, se dejó oír una voz potente y dulce a la vez, la voz de Stenka Rasin, llamando a su Zar, pidiéndole que le atendiera, que quisiera escucharlo en nombre de los cosacos, sus hermanos oprimidos y vejados injustamente.

—¡Justicia, señor. justicia!

Los cortesanos se miraron unos a otros asombrados, luego fijaron sus ojos en aquel hombre alto y fuerte, vestido tos-

camente, que así se atrevía a dirigirse al más alto Poder de toda Rusia.

—¡Está loco, está loco, detenedlo!

—¿Cómo se atreve?

Avanzaron algunos hombres de la guardia privada del Emperador para detener al atrevido, pero antes de que llegaran hasta él se dejó oír la voz dulce del «padrecito».

—Dejadlo libre, dejadlo que se explique.

Y las palabras brotaron exaltadas de labios del cosaco. Venía a pedir justicia al único que podía oírlo, al único que podía con una sola palabra remediar su mal, a su querido y venerado Emperador y dueño; una orden suya bastaría para que cesasen los abusos, atropellos y asesinatos de sus hermanos los cosacos, por parte de los Voivodos de Astrakan. El príncipe Prosorowsky, abusando del Poder que por su alta dignidad le había sido concedido, se había convertido en el perseguidor implacable y cruel de los cosacos, atropellando injustamente los derechos que a éstos les habían sido otorgados ya en épocas anteriores por el heroísmo y la abnegación con que habían siempre defendido el vasto Imperio, sacrificando sus vidas en aras de la Patria, por amor a su Zar, hacia el cual sentían una adoración rayana en fanatismo.

No era aquel momento propicio para oír las lamentaciones del cosaco ni tampoco para administrar justicia, pero el Zar no podía consentir que aquel hombre humilde que había venido de tan lejos para ser escuchado de su señor y dueño volviera triste y defraudado junto a los suyos, sus bravos compañeros, para decirles que el Zar, su amado Emperador, no había querido oírles.

Y fué así como al día siguiente, en el gran salón del Palacio Imperial, el humilde cosaco fué recibido en audiencia por el Emperador, dispuesto siempre a administrar justicia entre sus súbditos. Y en medio de un silencio impresionante, se dejó oír de nuevo la voz dulce y sugeridora del hombre que regía el más vasto Imperio del mundo.

—Desde hoy cesarán todos los atropellos y vejaciones de que habéis sido víctimas por parte de un hombre que ha olvidado las leyes de bondad y justicia que yo quiero que imperen en mi país. Volveréis a disfrutar de todos los privilegios, volveréis a ser hombres libres y dignos, se os devolverá todo aquello que se os había arrebatado injustamente. Tú, Stenka, me has dicho que tu hermano, el Jefe de los cosacos, había sido asesinado. Pues bien, cesen tus propósitos de venganza ante mi

promesa de que en adelante seréis respetados como es vuestro derecho. Para darte una prueba de confianza voy a encomendarte una misión especial y muy delicada... Serás tú quien lleve al príncipe Prosorowsky la hermosa princesita Dolgonsky que está con nosotros en Palacio. Por el camino se os unirá su padre el príncipe Dolgonsky, que —lo sé— ha sido también cruel contigo y con todos los tuyos, pero ahora las cosas cambiarán para vosotros y espero que aquellos que tienen el deber de administrar justicia en mi nombre no querrán suscitar mi ira con su desobediencia...

Entró la princesa Dolgonsky en el salón, y a Stenka le pareció de pronto que había más luz. Sus ojos que hasta entonces habían estado fijos en el rostro del Zar, se volvieron hacia ella con expresión de asombro. Nada de lo que había visto hasta entonces había conseguido deslumbrarlo. Ni la visión fantástica de la ciudad, ni la grandiosa perspectiva del Kremlin, ni el lujo y boato de aquella corte en la que había sido introducido por la voluntad omnimoda del Emperador le habían impresionado. Hombre rudo y sencillo, acostumbrado a la austeridad y serena majestad de las estepas rusas, con sus bosques milenarios no podía impresionarse fácilmente a la vista de todo aquel mundo de fantasía que estaban viendo sus ojos desde su llegada a la capital del Imperio. Pero aquel rostro de mujer era algo completamente distinto. Las mujeres que había conocido Stenka eran muy diferentes de aquella que acababa de aparecer ante sus ojos. Eran mujeres un poco rudas, como sus mismos compañeros los cosacos. Algunas de ellas bellas tal vez, pero con una belleza selvática y fuerte, tan distinta de aquella hermosura serena y dulce de la princesa...

Deslumbrado e inquieto cerró los ojos para no verla y aún así siguió contemplando su imagen con el pensamiento.

La princesa llegó al pie del trono, se arrodilló humildemente ante el Zar y esperó a que éste dictase su orden.

—Princesa Dolgonsky. Ha llegado el momento de decirlos adiós. Fuistéis bien venida a la corte y os habéis hecho amar de todos nosotros, pero estás prometida al príncipe Prosorowsky y él os reclama ahora... Que Dios guíe vuestros pasos y os conceda la felicidad a que os habéis hecho acreedora. Stenka Rasin, el cosaco, os llevará junto a vuestro padre, el príncipe Dolgonsky que se halla acampado a orillas del Volga...

Y así fué como Stenka, el hombre de la estepa, el rudo cosaco, recibió el encargo de llevar a la princesa junto a los dos hombres que más sañudamente habían perseguido a los

suyos. El príncipe Dolgonsky, padre de ella y el príncipe Pro-sorowsky su prometido. El Zar, conocedor del alma de sus súbditos sabía que podía confiar plenamente en él. Ni el odio ni el deseo de venganza serían más fuertes que la conciencia del deber, encarnado en la orden del Zar. Stenka conduciría a la princesa sana y salva a su destino, aunque tuviera que luchar consigo mismo.

Al día siguiente, acompañados de la escolta que el Zar había dispuesto para ellos, abandonaban Moscov la princesa con su dama de compañía, Stenka y los dos cosacos que le habían acompañado a la capital del imperio, sus fieles amigos Wasska y Filka, que no obstante haber permanecido «modestamente» en las calles de la gran ciudad mientras Stenka se ocupaba de la tarea más difícil, se atribuían la mitad por lo menos del éxito que éste había tenido cerca del Zar, con la reivindicación de sus derechos.

El camino era largo y difícil. La caravana, debía cruzar grandes extensiones, llanuras desoladas, bosques impenetrables, caminos abruptos. No era cosa fácil en aquellos tiempos trasladarse de un lugar a otro y menos en Rusia, donde las distancias eran inmensas. La princesa y su acompañante iban cómodamente instaladas en una carretela, pero los cosacos y la escolta iban a caballo. Todos eran hábiles jinetes, pero Stenka, montado sobre su hermoso caballo bayo, era el más arrogante de todos. Hasta la princesa Dolgonsky, hubo de notarlo, y su instinto de mujer asoció la imagen de aquel bravo jinete, rudo y fuerte, a la de su prometido el príncipe Pro-sorowsky, con su rostro oriental e impenetrable. No era una boda por amor, la de ella, sino impuesta por la razón de Estado, la eterna enemiga de las princesas sentimentales y románticas como ella, pero era una razón más fuerte que todo y era preciso obedecerla.

Lentamente avanzaba la caravana, y cada vez se hacía el camino más difícil. Se acercaban al país de los tártaros. Pensando tal vez en ellos, fieros y salvajes hombres de las estepas, había ordenado el Zar que les acompañase la escolta. La única ley de los tártaros es el crimen y el saqueo. ¿Qué les importaba que los componentes de la caravana fueran de sangre real, si ellos no obedecían a otra ley que a la que ellos mismos se habían otorgado? Con la misma facilidad que aparecían al paso de las caravanas para atacarlas, desaparecían luego, adentrándose en el inmenso desierto estepario donde nadie osaría llegar hasta ellos. Eran, por lo tanto, irresponsables y a nadie tenían que dar cuenta de sus actos. Ni el mismo Zar podía contra ellos.

Stenka Rasin, que iba a la cabecera de la caravana, vio aparecer de pronto, en lo alto de una colina, la airosa figura de un jinete. Sus ojos de lince descubrieron en seguida al enemigo, y su instinto le hizo ponerse en guardia inmediatamente. Tenía razón en precaverse. Un instante después aparecieron dos, tres, cinco, diez jinetes más, que avanzaron rápidamente en dirección de la caravana. Un momento después había empezado la lucha. La princesa y su dama de compañía, presas de pánico, permanecieron dentro de la carretela, frágil muralla que las separaba de los hombres que las defendían y de los otros, los temibles tártaros que les atacaban. Mientras se decidía la suerte de la lucha, hicieron lo que habría hecho cualquier otra mujer en circunstancias tan difíciles. Orar, encomendarse a Dios y esperar resignadamente el fin de la tremenda lucha. Wasska, el cosaco, el gran amigo de Stenka, un poco dado a la filosofía, pensaba, mientras repartía golpes y sablazos por doquier, que si aquellas dos mujeres a quienes estaban defendiendo, hubiesen sido de su propia raza, habrían salido también a luchar con ellos, tal vez con más fiereza...

Luchaban bravamente todos, los hombres de la escolta del Zar, y sobre todo, los tres cosacos, con Stenka Rasin a la cabeza. La superioridad numérica de los tártaros era grande, pero no obstante eso, ellos defendían bravamente el tesoro que les había sido encomendado. Stenka había ordenado al cohero de la carretela que siguiese avanzando de modo que mientras ellos contenían el ataque pudiera poner a salvo a las dos mujeres antes de que llegasen más atacantes y la lucha se hiciera tan desigual que tuvieran que rendirse. Cayeron algunos hombres de la escolta, pero Stenka y los suyos seguían ilesos.

Triunfó finalmente el cosaco. El sabía que había de vencer o morir, y como no quería morir sin haber llevado a los suyos la consoladora promesa de justicia que había logrado obtener del Zar de todas las Rusias, su señor y dueño, el ansia de vencer le dió fuerzas para imponerse a sus enemigos. El fué quien logró derrotarles y ponerles en fuga en el último momento cuando parecía que la superioridad numérica iba a poder más que todos sus esfuerzos. Había salvado a la princesita de los agresores más temibles de toda Rusia, y cumplido con el sagrado deber que había contraído ante el Emperador.

Era noche cerrada cuando la caravana, que había logrado dejar atrás el territorio tártaro, puesta ya al abrigo de toda agresión por parte de los mismos, se detuvo para pasar la noche. Stenka, con una delicadeza extraordinaria en un hombre fuerte y brusco como él, cogió a la princesa en sus brazos,

para sacarla de la carretela y la depositó en tierra. Se miraron unos instantes el hombre de la estepa y la mujer por cuyas venas corría sangre de príncipes. La princesa sonrió, y sus ojos azules y dulces observaron un instante en silencio el rostro sudoroso de Stenka. No era ciertamente un rostro vulgar, ni tampoco de facciones brutales como ella había creído que debería ser el rostro de un cosaco. Más bien tenía una expresión de dulzura extraordinaria.

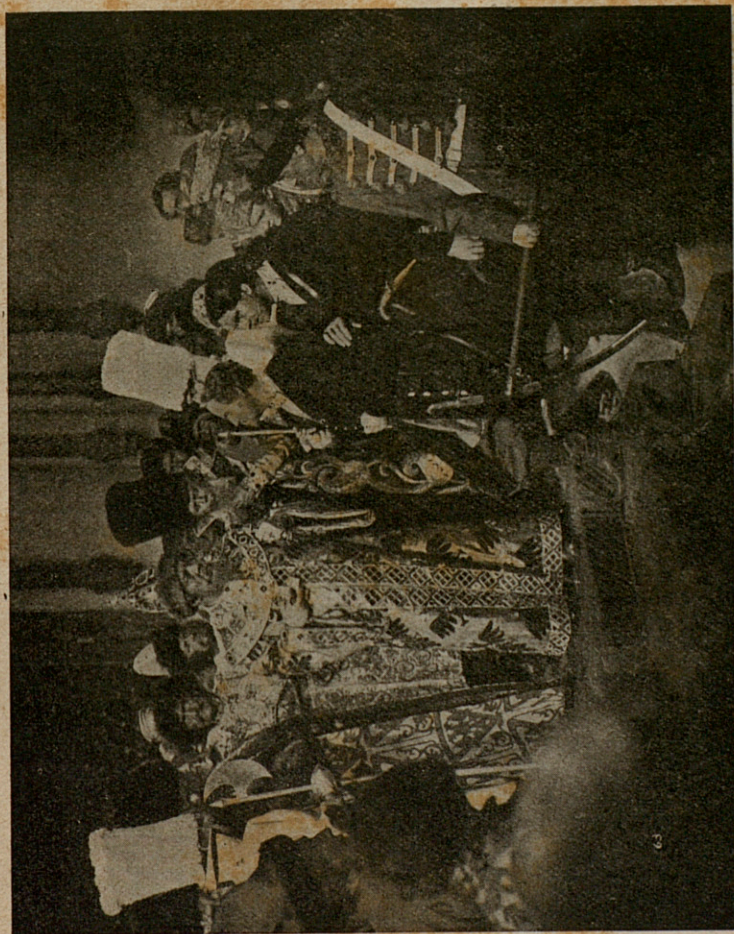
—Gracias, le dijo —sin dejar de sonreír—. Me has salvado la vida. Mi padre te lo premiará.

—Tu padre nos ha perseguido siempre a nosotros los cosacos y yo he tenido que ir a Moscou para implorar justicia al «padrecito» contra él y tu prometido. Pero esto no importa, yo te he defendido porque el Zar te había puesto bajo mi custodia y te he defendido también porque eres mujer y antes habría tenido que dejarme matar que permitir que un tártaro llegase hasta ti. He cumplido con mi deber, no me debes, por lo tanto, agradecimiento alguno.

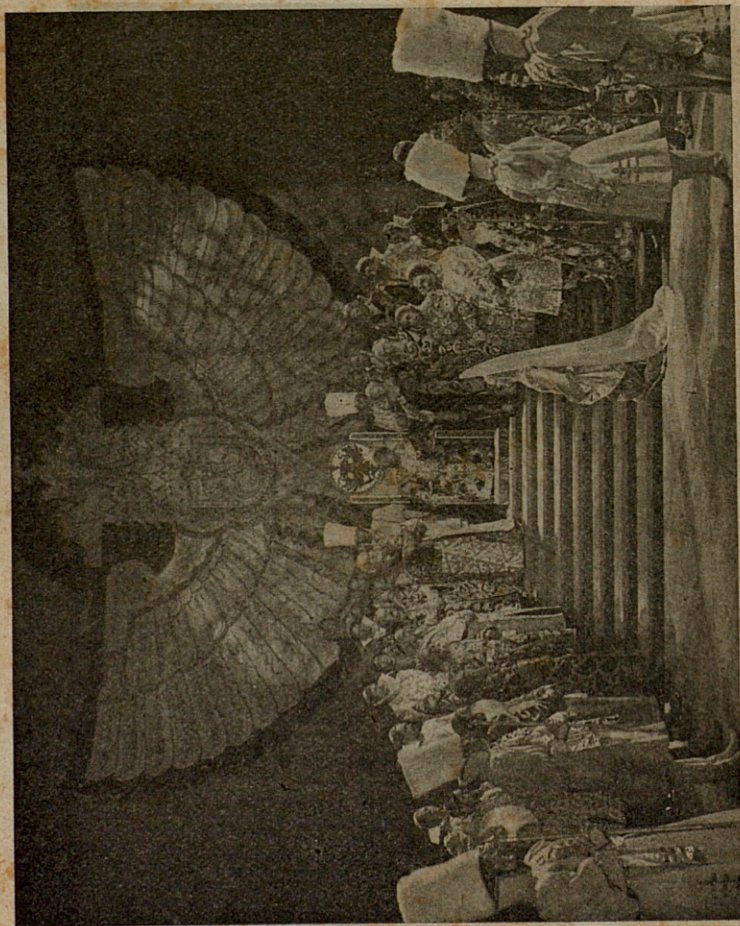
Volvió a sonreír la princesa y Stenka empezó a perder la calma. Decididamente era más fácil habérselas con todos los tártaros de las estepas, que con una sonrisa de mujer. Había contestado orgullosamente a las palabras dulces y llenas de agradecimiento de la hija de su enemigo, y creía que su actitud habría hecho cambiar en enojo el gesto dulce y cariñoso con que ella le había acogido después de la lucha. El cerebro un poco primitivo de Stenka empezaba a desvariarse. Recordó la enorme impresión que la belleza de la princesa le había producido al verla aparecer por primera vez en el gran salón del trono del Palacio allá en Moscou, y de nuevo se sintió inquieto. Bajó los ojos y reparó entonces en las manos de ella. Eran de una blancura extraordinaria. Cautivado por su belleza, siguió con los ojos el gesto de ellas y vio que se detenían en un medallón que llevaba colgado de su cuello. Un segundo después, las mismas manos blancas y suaves oprimían la delicada joya y se la tendían a él, ¡a él!, en un gesto de dádiva.

—Toma —le dijo—. Toma este pequeño recuerdo. Me fue regalado por una persona querida. Me dijo que trae suerte...

Seducido, cautivado, sin saber lo que hacía, cogió el medallón. Habría querido negarse a aceptar el regalo, pero su alma simple y buena comprendió cuánto había de bello en aquel gesto sencillo de la princesa. ¡No, no quería pagarlo con aquella dádiva lo que él había hecho por ella! Quería tan sólo expresarle su agradecimiento, quería darle una lección de humildad a él que había contestado tan rudamente a sus primeras palabras



— ... desde hoy cesarán todos los atropellos y vejaciones de que habéis sido víctimas.



— Princesa Dvionsky, ha llegado el momento de decirnos adiós.

de gratitud. Desde aquel momento la princesa Dorlonsky dejaba de ser la hija del su opresor para convertirse en su ídolo. El hielo quedaba roto.

La princesa Dolgonsky durmió aquella noche al raso, sobre la fresca hierba, cubierta tan sólo por una prenda de abrigo que el cosaco había tendido amorosamente sobre ella, pero si alguien hubiese sido capaz de penetrar en su pensamiento, habría descubierto seguramente que nunca, nunca, durmió ella tan bien como aquella noche memorable, bajo el cielo estrellado cerca, muy cerca del fiel guardián que habría dado cien veces su vida para salvaguardar la suya.

Al día siguiente, al amanecer volvieron a ponerse en camino, y al caer la tarde, llegaban al campamento del príncipe Dolgonsky. La primera etapa del viaje que había de conducirla a los brazos de su prometido, el príncipe Prosorowsky, quedaba cumplida. Había sido, ciertamente, una etapa accidentada, pero si la princesa hubiese debido hacerla de nuevo, no habría vacilado ni un momento. En cuanto al pobre Stenka, sólo una cosa podía consolarle de haber perdido la tutela de su querida dueña y era la idea de que las palabras de justicia que había oído de labios del Zar repercutirían en los oídos de todos los cosacos del campamento del príncipe, como una dulce promesa de redención.

Pero Moscou estaba lejos, muy lejos, y el príncipe Dolgonsky, hombre despótico, alejado de la Corte por muchos años, hecho a la lucha guerrera, se había olvidado un poco del «padrecito» y de la obediencia que, como súbdito de su imperio le debía. Cuando Stenka, después de haber conducido a la princesa, su hija, hasta él desafiando mil peligros, le repitió las palabras del Zar, mostrándole el edicto en el que se le ordenaba cesar en sus persecuciones y crueldades con los cosacos y devolverles los privilegios que sus imperiales antecesores les habían concedido por sus méritos y le pidió la reivindicación de estos derechos, la concesión de libertad que ellos implicaban para su pueblo, el príncipe Dolgonsky, guerrero valiente y esforzado más que cortesano, soltó una sonora carcajada que repercutió en los oídos de Stenka como un insulto.

—¿Con que has ido a Moscou a quejarte ante el Zar de los malos tratos que, según tú, damos a tu pueblo? ¿Pero qué otra cosa sois sino una tribu de descamisados merecedores del látigo y la cárcel? ¿Sabes lo que te digo? Que todo lo que me ha contado mi hija relativo a vuestro encuentro con los tártaros ha sido una burda farsa preparada por ti y los dos bandidos que te han acompañado para hacer méritos ante mis

ojos y obtener lo que no tienes derecho ni a soñar siquiera. Tú estabas de acuerdo con los tártaros, tus dignos compañeros, para que atacasen la caravana y así presentarte ante mí con la aureola de héroe. Farsante, más que farsante. Sal de mi presencia antes de...

No pudo terminar la frase porque la mirada enfurecida de Stenka le dio miedo. Estaba medio borracho, como siempre, pero no tanto que no se diera cuenta del peligro que representaba la justa cólera de aquel bravo guerrero, aquel hombre que había servido siempre a su patria con abnegación y bravura, capaz de morir por ella, pero también de matar en un momento de cólera a quien fuera, por muy príncipe que fuera, sobre todo cuando este príncipe se atrevía a burlar el poder del Zar, el único al que él debía sumisión y obediencia.

En un momento Stenka se vió rodeado de cinco boloyardos de la escolta del príncipe, quienes le sujetaron para impedir que realizase cualquier acto de violencia. Y sólo entonces, cuando el príncipe vió en saüvo su pellejo, se atrevió a dictar una sentencia condenatoria contra el hombre cuyo único delito era el de querer reivindicar sus derechos.

—Llévalo al Volga y que se dedique a la tarea de remolcar los barcos, que es la única que puede desempeñar dignamente. Y con él que vayan sus dos amigos, los que le han acompañado a Moscou en su loca empresa de reclamar derechos que el príncipe Dolgonsky no está dispuesto a concederles.

Y así fué como Stenka Rasin, el cosaco de alma noble, después de haber visto morir asesinado a un hermano suyo, jefe de los cosacos, por el delito de haberles defendido, después de haber hecho leguas y leguas de camino para ir a ver al Zar y postrarse de hinojos ante él pidiéndole justicia para su pueblo oprimido, después de haber expuesto valerosamente su vida para salvar la de la hija de su verdugo, la dulce princesa que le había encomendado en custodia «el padrecito», se veía ahora condenado al castigo más humillante, al trabajo más innoble, por el capricho de un príncipe despótico y arbitrario...

El campamento de Dolgonsky no estaba lejos del Volga. Desde la misma tienda del caudillo de los boloyardos se divisaban las márgenes del río famoso. Hasta allí llegaron los guerreros del príncipe trayendo a los nuevos hombres que, por orden de su señor, irían a engrosar el doliente cortejo de los «bataleros» del Volga, los pobres seres condenados al inhumano trabajo de arrastrar desde la orilla, por medio de cuerdas atadas a la espalda, las grandes barcazas que remon-

taban el río. Pocos eran los que podían resistirlo. Las sogas se hundían en sus espaldas, dejando en ellas un surco en carne viva. Las piernas se negaban a seguirles, crujían los huesos de sus déviles cuerpos, el sudor perlaba su frente, iban cayendo por el camino, y entonces el látigo de los guardianes les recordaba implacable su deber de seguir hasta el fin, de acallar sus sufrimientos como bestias de carga, río abajo, hasta caer para no levantarse ya nunca, ni ante la intimidación del látigo que fragelaba sus cuerpos. Todos terminaban así. Caía uno y otro y otro, y los demás seguían su camino insensibles ya a todo lo que no fuera su propio infortunio, desahogando su pena en una canción inmensamente triste, monótona, en la que se condensaba todo el dolor de su alma oprimida...

Nikolka, el pequeño Nikolka, el gran amor de Stenka, su hermano menor, estaba también allí. Su adolescencia conocía ya todos los dolores y todas las miserias de la vida, por eso, al ver de nuevo a Stenka experimentó casi un sentimiento de alegría egoísta. Corrió a sus brazos.

—¡Stenka, Stenka, tú aquí!

El rude cosaco con alma de niño le abrazó amorosamente, le llenó de tiernas caricias. En aquel adolescente se condensaban todas las ternuras del corazón del cosaco.

—Nikolka, pobre Nikolka.

Pero allí estaba el jefe de los esbirros para recordarles su pobre condición de parias, condenados a un trabajo que no se avenía con ternezas ni dulzuras.

Stenka se rebeló. No había ido él a Moscou para terminar de aquella manera. La crudeza del castigo le ponía fuera de sí, no por él, resignado de antemano a todo lo malo que el Destino quisiera traerle, sino por sus compañeros de infortunio, por todos aquellos rostros demacrados de los que ya llevaban tanto tiempo de condena que habían olvidado los días felices en que vivían miserablemente tal vez, pero sin aquel tormento de todas las horas, de todos los días. Y aquellos hombres que habían olvidado ya las palabras y hasta los pensamientos de protesta, aquellos pobres seres cuyo único anhelo era morir, sintieron enardecer sus dormidos espíritus al oír las palabras de Stenka, y sus cuerpos se reanimaron y se irguieron en actitud de protesta. Pero de nada había de servirles. Ellos seguirían arrastrando las barcazas río abajo, mientras que Stenka, por haberles arrastrado a un motín, sería atado al timón de una nave. Así castigaba el príncipe a los que se atrevían a oponerse a sus designios.

Cuando la princesita se enteró de lo ocurrido en la tienda

de su padre, intentó protestar ante él del pago inhumano que éste había dado al valiente cosaco. ¿Acaso no la había defendido de la agresión de los tártaros, exponiendo su propia vida para salvar la de la hija de su implacable perseguidor y verdugo? Los años de permanencia en la corte del Zar, junto a este y la Zarina que compartía con su augusto marido la noble tarea de administrar justicia entre sus súbditos, habían desvanecido los recuerdos de su infancia junto a su padre, recuerdos llenos de crueldades como aquella que ahora se estaba cometiendo con Stenka y sus amigos, que ella conservaba vagamente en la memoria como una pesadilla. Era una cortesana, hija de un príncipe, no de aquel guerrero brutal que así se atrevía a burlar el poder del Zar, capaz de castigar tan duramente a quien sólo debía reconocimiento. Ella no entendía de esclavitudes. En la corte del Zar Alexey Michailowitsch le habían enseñado las doctrinas de amor y no podía concebir nada que se apartase del concepto de la bondad y de la justicia.

Corrió al Volga para evitar que se cometiera la gran injusticia con Stenka y sus compañeros y llegó en el preciso momento en que acababan de dictar la sentencia contra él y se disponían a atarlo al timón de la nave.

—Dejad a este hombre libre —ordenó altivamente— y también a sus compañeros.

A la presencia de la hija de su señor, los esbirros que sujetaban a Stenka vacilaron y miraron al que les mandaba como esperando órdenes.

Hubo un momento de silencio. Stenka contempló a la bella princesa vestida con un traje masculino y le pareció otra distinta de la que había visto primero en el Palacio Imperial en Moscú, más tarde en la carretela y, por último, durmiendo dulcemente al raso, tranquila y confiada, cerca de la amorosa vigilancia del cosaco.

Vestida con aquel atuendo extraño que la cambiaba completamente le pareció una mujer enteramente distinta; igualmente bella tal vez, pero menos femenina, menos princesa. Era precisamente su exquisita feminidad la que le había cautivado y su incomparable dulzura la que le había seducido. Ahora, su rostro, al dirigirse a los hombres que la rodeaban tenían una expresión altiva y orgullosa.

El agravio que acababa de recibir de su padre ahondaba más aquel sentimiento de aversión que en aquel momento sentía hacia ella. No era allí donde debía estar dictando órdenes que no serían obedecidas. Era junto a su padre, a su in-

justo padre, a quien debía acudir para exigirle el cumplimiento de las promesas que ella había oído de boca del mismo Zar, dirigidas a Stenka. En una palabra, no era compasión, sino justicia, justicia a secas la que él exigía. Fuera de esto, nada deseaba; prefería seguir como hasta allí, sufrir los tormentos más espantosos a tener que agradecer nada, ni aún a la misma princesa.

—¿No has dicho que me aten al timón? —inquirió desdeñoso, dirigiéndose a su esbirro—. Pues ordena que te obedezcan.

La princesa regresó cabizbaja a su tienda preguntándose el motivo de la actitud del cosaco. ¿Por qué se había mostrado tan altivo y desdeñoso con ella? No era precisamente por un impulso de compasión, sino por un sentimiento de justicia que la princesa había ordenado a los hombres de la barca que dejaran libre al cosaco. De justicia y también de agradecimiento porque en el corazón de aquella mujer se albergaba un sentimiento de gratitud infinita hacia él. Y tal vez algo más, algo que la princesa no se atrevía a confesarse ni a sí misma. Desde que había salido de Moscú la aversión que sentía hacia aquella boda de conveniencia que se le imponía, se había trocado en franca repugnancia. Lloraba desconsoladamente sin adivinar tal vez que aquellas eran las primeras lágrimas de mujer que derramaban sus ojos. El desprecio de Stenka la había herido profundamente, pero no en su amor propio, sino en un sentimiento mucho más profundo y noble.

Pasaron varios días. Los preparativos para el viaje que debía conducir a la princesa y su padre a Astrakán, continuaban febrilmente. Ella no había vuelto a las orillas del Volga, pero sabía que Stenka y los suyos continuaban allí, atados a su triste destino de «bataleros» como castigo por haber osado reclamar sus derechos.

Los bellos ojos de la joven tenían una expresión cada vez más triste. Pasados los primeros momentos de desconcierto y dolor que le habían producido las palabras de Stenka se sentía dispuesta no solamente a perdonarlo, sino también a disculparlo y hasta a comprenderlo. Mujer, al fin, se dejaba cautivar por la arrogancia de aquel hombre tan extraño, tan distinto a todos los que hasta entonces había conocido, tanto como antes, durante aquel viaje inolvidable, se había dejado cautivar por la muda y expresiva admiración que revelaban las miradas y las actitudes de Stenka.

Veía con terror acercarse la fecha de su matrimonio. Habría querido tener el valor de rebelarse, pero se sentía sin fuerzas para hacerlo. Sabía que era la voluntad del Zar, tanto como

la de su mismo padre, y esto ahogaba en ella todo intento de rebeldía. ¡De haber podido correr al lado de Stenka, cuántas cosas le habría dicho al humilde cosaco si Dios hubiese querido concederle la gracia de verlo a solas un momento! Pero Stenka no estaba allí, junto a ella, sino a orillas del Volga, cumpliendo su condena y su padre le había prohibido acercarse a él. Había intercedido por ellos inútilmente. El príncipe no sólo se había negado a oírlo, sino que la había amenazado con un castigo severo si intentaba volver a verlo. Y mientras tanto, los pobres cosacos del campamento, privados de la protección de Stenka, sufrían más persecuciones que nunca. El viaje de su querido caudillo a Moscou para implorar justicia del Zar de todas las Rusias, no había logrado otra cosa que perjudicarles. ¿Qué sería de ellos si continuaba aquel estado de cosas?

Y llegó el día señalado para la partida de la princesa Dolginsky hacia su nuevo destino. A fuerza de llorar y pensar en Stenka, la joven había acabado por resignarse. Su único anhelo ahora era procurar que su sacrificio no resultase estéril. En la región de Astrakan residían muchos cosacos que sufrían también persecuciones sin cuento por parte del príncipe Proserosky, el futuro marido de la princesa. Intercedería cerca de él para que cesase el trato inhumano que desde hacía tanto tiempo venían siendo víctimas. ¡Ah, si renunciando a la felicidad podía reportarle algún beneficio a Stenka, con qué gusto se sacrificaría...! Por primera vez tenía conciencia plena del valor de su belleza y del ascendiente que ésta podría ejercer sobre el príncipe. Estaba decidida a poner en práctica todas sus artes de seducción, allí donde las palabras y las súplicas no encontrasen eco.

Llegó finalmente el día señalado para la partida de la nave que, remontando el río Volga, debía conducirla a la capital de Astrakan. La tripulación del barco estaba integrada, en su mayor parte, por cosacos. ¡Los grandes amigos de Stenka! ¡Con qué gusto habría hablado con ellos de su querido caudillo si su padre se lo hubiese permitido! Pero el príncipe se mostraba cada vez más irreductible. Era inútil que su hija le hubiese repetido las palabras del Zar, inútil que le hiciese ver la tremenda responsabilidad en que incurría al oponerse a sus órdenes, permitiendo que siguiese aquel estado de cosas, y que continuasen siempre con más saña las persecuciones y los asesinatos de los cosacos. Si él hubiese sabido a lo que se exponía, tal vez se habría mostrado menos intransigente. Pero en los años que llevaba fuera de la corte, en lucha constante con los tártaros, en guerras continuas con los mongoles, su sensi-

bilidad se había embotado, al mismo tiempo que se debilitaba su sentimiento al deber. Creía que los cosacos eran unos guerreros nobles y esforzados, buena prueba de ello le habían dado siempre, pero fuera de esto se negaba a concederles ningún derecho. Se había gozado en tenerlos como esclavos durante toda su vida y ahora no quería renunciar a aquellas prerrogativas. Creía que concediéndoles los derechos que reclamaban se debilitaría su espíritu guerrero y se negarían a seguirle como hasta entonces. Poco podía imaginarse aquel hombre injusto que su desenfrenado afán de mando iba a provocar una catástrofe de la que tal vez él mismo sería la primera víctima.

Desde que Stenka había regresado de Moscou trayéndoles el mensaje del Zar, los cosacos no podían seguir resignándose con su suerte. Una noble y santa rebeldía se había apoderado de ellos. Eran hombres buenos y valientes, amantes de su Patria y de su Zar, capaces de defender los sagrados conceptos de amor a la Patria y a su Emperador, hasta derramar su última gota de sangre. Si el «padrecito» les hubiese ordenado seguir siendo esclavos, se habrían resignado y habrían doblado humildemente la espalda al látigo, pero el Zar les había dicho por boca de Stenka que eran hombres libres, y al otorgarles los privilegios que de antiguo les habían sido concedidos les había impuesto también el deber de hacer valer estos privilegios. Resignarse habría sido tanto como desobedecer las órdenes del Zar. Su rebeldía no era tal, sino un acto de sumisión al Zar. Así, mientras la nave del príncipe Dolginsky ponía la proa hacia la capital de Astrakan, los cosacos del campamento se disponían a levantarse en armas contra quienes, desobedeciendo las órdenes del más alto poder de Rusia, se obstinaban en mantenerlos en su triste condición de esclavos, aptos tan sólo para la guerra. Era preferible morir dignamente a vivir sin dignidad.

Habían transcurrido varios días desde que el barco que conducía a los príncipes Dolginsky abandonara las orillas del Volga en donde se hallaba el campamento del príncipe, para remontar el río en dirección al país de Astrakan. Habría de transcurrir todavía algún tiempo antes de que se divisase la capital del principado. La vida en el barco se desarrollaba monótona y triste. El príncipe mataba las horas lentas e interminables del día bebiendo vodka, la princesa no salía casi nunca de su camarote hasta que anochecía. Entonces se la veía cruzar en silencio el puente en dirección a la popa del barco, y desde allí contemplar melancólicamente la estela que la nave iba dejando sobre las mansas aguas del río. Miraba siempre atrás, siempre atrás, con los ojos llenos de lágrimas y el pensamiento volaba hacia aquella tierra bienamada en la que había trans-

currido los mejores años de su vida. ¡Qué tristeza tan honda y tan intensa producía en el ánimo de la princesa la sensación de lejanía que, de hora en hora, de día en día se iba apoderando de ella! Pensaba en Stenka y lo veía con los ojos de la imaginación, doblada a espaldas bajo el peso de la cuerda que arrastraba la barcaza río abajo. ¿Por qué, por qué había permitido que se cometiese aquella brutal injusticia contra el hombre que la había salvado de una muerte cierta? ¿Por qué había sido tan cobarde? Habría debido rebelarse contra su mismo padre, gritarle a la cara su amor por el cosaco, aunque aquel acto le hubiese costado la vida. Nunca más volvería a verlo, nunca más volvería a ver aquel rostro de facciones nobles y austeras, nunca más volvería a ver aquellos ojos de mirada franca y noble que cuando se dirigían a ella tenían una expresión admirativa y dulce.

Una noche, cuando los augustos viajeros de la nave descansaban ya en sus camarotes, se oyeron unas voces de auxilio. Los tripulantes del barco se asomaron a la borda y vieron a lo lejos una barca que se acercaba, de la cual partían las voces pidiendo socorro. Paró la nave y unos minutos más tarde la barca había llegado junto a ella. A través de la espesa niebla que lo envolvía todo los tripulantes del barco principesco pudieron comprobar que se trataba de unos pobres naufragos, dos hombres y tres mujeres. Un instante después habían sido subidos a bordo y explicaban su odisea entre vaso y vaso de vodka. Por cierto, que las tres mujeres eran las que con más ansia remojaban el gajate. ¡Santo Dios, qué manera de beber! ¡El susto debió ser muy grande cuando necesitaban tanto alcohol para olvidarlo! Los tripulantes se miraban unos a otros asombrados. Eran hombres de mar, acostumbrados a beber fuerte, y las mujeres que ellos conocían no eran precisamente damiselas como la princesita que llevaban en la nave, pero de esto a aquello que estaban viendo mediaba un abismo. No queriendo ser menos, empezaron también a beber con gran empuño. Pronto la tripulación entera se sintió invadida de un optimismo grande. Empezaron a cantar a grito pelado, sin importarle ni un ardite el sueño de los augustos pasajeros que llevaban en la nave. Las mujeres bailaban y gritaban, se dejaban abrazar. Decididamente los naufragos aquellos habían resultado un hallazgo. La tripulación se las prometía muy felices. Una hora después casi todos los tripulantes del buque con la honrosa excepción del capitán y dos hombres más que montaban la guardia a la puerta de los camarotes principescos, estaban borrachos.

De pronto, uno de los marineros, tal vez el que más alcohol había trasegado, fué testigo de un raro espectáculo. Vió que una de aquellas mujeres que una hora antes habían subido a bordo llorando y conmoviendo a los tripulantes con el patético relato de su desventurado naufragio se despojaba de sus vestiduras... y quedaba convertida en un cosaco, un auténtico y fiero cosaco con su típico traje y su rostro de facciones brutales que hasta aquel momento habían permanecido semi-ocultas detrás del pañuelo que llevaba atado a la cabeza a la manera de las mujeres de condición humilde. Se restregó los ojos creyendo ser víctima de los vapores del alcohol que, subiéndose a la cabeza, le producían visiones extrañas y cuando volvió a mirar se fijó en que las otras mujeres estaban haciendo lo mismo. No, no eran visiones de borrachera. Era la realidad lisa y llana. Y el hombre aquel que más de una vez, abusando de la paciencia de los tripulantes cosacos del barco, se había portado brutalmente con ellos, comprendió inmediatamente lo que aquello significaba y se preparó a bien morir. El alcohol que llevaba en el cuerpo no le impidió adivinar que se trataba de un ataque al barco por parte de los cosacos, de quienes se decía que iban a rebelarse ya antes de que la nave abandonara las márgenes del río.

En efecto, así era. Pronto, en medio de la densa obscuridad de la noche, vieron acercarse otras barcazas que rodearon por completo el buque. Sus tripulantes atacaban la nave, subían a ella, y se trababan en lucha contra los que osaban cortarles el paso. Los cosacos, los temibles y esforzados guerreros se habían rebelado y atacaban. A la cabeza de los mismos iba Stenka Rasin. Sus espaldas conservaban todavía las huellas de la soga de castigo. ¡Con qué afán de venganza habría llegado hasta aquella nave en la que se encontraba su verdugo! ¡Qué caro iba a pagar ahora el príncipe Dolgonsky el delito de haberse opuesto a los designios del Zar!

Pero, no. Stenka Rasin no era hombre capaz de albergar en su corazón otros sentimientos que los de justicia. La venganza no encontraba eco en su alma. No tenía espíritu de esclavo, sino de señor, de gran señor, y por ello sus hazañas habían de ir acompañadas de un espíritu de justicia y de magnanimidad. No era ahora el cosaco desvalido con el cual podía ensañarse el príncipe, sino el Jefe rebelde que había atacado el barco con su flota, y que se había hecho dueño del mismo. Y ahora, frente a frente, el príncipe Dolgonsky y Stenka, este último podía mirarle cara a cara y gozar del placer de ser benévolo con su antiguo enemigo. Así era Stenka Rasin, así era el cosaco hijo de la estepa. Verdaderamente un hombre

de sentimientos tan nobles y elevados merecía ser un gran señor. Merecía, ciertamente, ser amado por una princesa. ¿Pero es que acaso no lo era ya? ¿Es que la princesa había esperado a verlo allí, erigido en caudillo, dueño y señor de la vida de su padre y de ella misma para amarle? No, ella ya se había anticipado a quererlo cuando todavía su padre era el que estaba arriba. Le había querido desde el primer momento, y cuando lo había visto arrastrando las barcazas a orillas del Volga, mezclado con sus compañeros de infortunio, sudoroso y rendido de fatiga era cuando se había sentido más cerca de él.

—Que nadie se acerque al príncipe y la princesa Dolgonsky, que nadie moleste a los augustos viajeros —fueron las primeras órdenes que dió Stenka—. El primero que me desobedezca irá a parar a las frías aguas del río. La vida del príncipe y la princesa son sagradas. No sólo debéis respetarlas, sino que debéis defenderlas con la vuestra si fuera necesario. El príncipe me ha prometido justicia. Es cierto que ha sido uno de nuestros más feroces opresores, pero ahora está en nuestras manos y, por eso, porque no puede defenderse, es porque hemos de respetarlo.

Eran ciertas las palabras de Stenka. El príncipe Dolgonsky, en la entrevista que acababan de tener ambos lo había prometido todo. Es bien cierto que para que llegase a este estado de comprensión había sido necesario que los cosacos atacasen su barco, se apoderasen de los tripulantes que no les eran adictos y los encerrasen en la bodega. Había sido necesario también que se hicieran dueños absolutos de la nave y que los dos augustos viajeros se vieran virtualmente prisioneros. Ciertamente la magnitud del príncipe resultaba «altamente conmovedora». Pero Stenka era lo suficientemente noble para pasar por alto aquellos pequeños detalles y aceptar las palabras «conciliadoras» de su antiguo opresor, como si no se hubiese tenido que llegar a aquel estado de cosas para arrancárselas de la boca.

Tranquilizado el príncipe respecto a los propósitos de Stenka, quien le prometió llevar a él y a su hija sanos y salvos a Astrakan, aunque quedándose luego con la nave, se sentía dispuesto a ser cada vez más «generoso» con sus antiguas víctimas.

Todavía no había osado Stenka presentarse ante la princesa. Desde que había subido a bordo lo estaba deseando... y temiendo al mismo tiempo. ¿Qué le diría? ¿Con qué palabras saludaría la llegada del cosaco rebelde? ¿Lo trataría como a

un enemigo o, por el contrario, se humillaría ante él como acababa de hacerlo su padre? Stenka casi prefería lo primero. Su orgullo indomable le hacía juzgar a los demás a través de sus propios impulsos. Se detuvo unos momentos frente a la entrada del camarote de la princesa en la cual se había apostado un cosaco por orden suya, para impedir cualquier desmán de los atacantes. Ordenó a éste que se alejase y después de unos instantes de vacilación, levantó resueltamente la cortina y entró. La vio tal cual había deseado. Erguida y altiva en el centro de la estancia, mirándole sin miedo, resueltamente con el rostro muy pálido, pero sereno.

Solamente cuando estuvo a dos pasos de ella se dió cuenta de que los ojos de la princesa estaban llenos de lágrimas y en cambio sus labios sonreían. Lo miraba, lo miraba a través de su llanto, con una mirada de inefable alegría. Sin saber lo que hacía, fuera de sí mismo, le tendió los brazos en los que se arrojó ella sin un instante de vacilación, como si hubiera estado esperando y aún deseando este momento. Todo el hielo que los últimos tiempos de sufrimiento, primero, y de lucha, después, se había ido acumulando en el corazón del cosaco se derretió como por encanto, se fundió al calor de aquellas lágrimas cálidas que humedecieron sus propias mejillas al juntar su rostro al de ella. ¿Cuánto rato permanecieron así unidos en un abrazo corazón contra corazón? Ni ellos mismos habrían podido decirlo, porque habían perdido la noción del tiempo.

...

No se puede jugar impunemente con las pasiones de los hombres. He aquí que Stenka, el caudillo rebelde, estaba a punto de convertirse en víctima de su propia audacia. El corazón de sus cosacos no era tan propicio a la magnitud y al perdón como el suyo. Tal vez ninguno de ellos había probado nunca la dulzura de unos ojos femeninos capaces de desvanecer todo el odio que pueda albergar el corazón de un hombre. Tal vez los años de sufrimiento y persecuciones había embotado en ellos la facultad del perdón. El príncipe Dolgonsky había sido demasiado cruel con los cosacos para que pudiesen perdonarlo así como así, porque Stenka lo había ordenado, ahora que tenían en sus manos el derecho a ejercer su venganza. Para llegar a aquel plácido final habían ellos atacado la nave del príncipe? No, no, decididamente su jefe se había excedido esta vez. Empezaron las murmuraciones, las quejas contenidas, las pala-

bras insidiosas. No faltó quien, con miras a erigirse él mismo caudillo de los cosacos, sembrara la cizaña. ¿Tendría que sostener Stenka una lucha contra sus mismos hombres para imponerse?

A punto estuvo de tener que llegar a ello. Pero por fortuna, luego de una intentona de motín que fracasó completamente, los cosacos comprendieron la enorme injusticia que iban a cometer con aquel hombre noble y austero que había tratado siempre de inculcarles la idea de la justicia y el deber. Pasaron momentos difíciles Stenka y sus adictos, cuando pareció que el motín iba a triunfar y los descontentos triunfarían imponiendo la fuerza bruta a todos los razonamientos, pero finalmente se impuso la razón no del más fuerte, sino del más justiciero. El príncipe había jurado solemnemente respetar sus derechos, ¿por qué entonces sacrificar su vida y la de la dulce princesa que tenía para cada uno de ellos una mirada y una sonrisa de cariño? Las plácidas aguas del Volga no se teñirían con sangre inocente, y el barco que las surcaba conduciría a los augustos viajeros con la misma seguridad con que la habrían conducido la tripulación más adicta. Una vez más la fuerza de persuasión de Stenka había sido puesta a prueba y había triunfado plenamente.

Entretanto, allá en la capital de Astrakan se hacían los preparativos para recibir dignamente a los augustos viajeros. El príncipe Proserosky había visto una sola vez a su prometida en la corte del Zar, pero esta sola vez había bastado para que quedase prendido en las redes de su belleza.

Era un hombre raro el príncipe Proserosky. Su alma eslavica era tan compleja que nadie, ni él mismo había llegado hasta el fondo de ella. Era un gran señor, enigmático y cruel, refinado y voluptuoso. Vivía con un boato oriental, casi con más fausto que en la corte Imperial. Ambicioso y despótico, era también un guerrero valiente. No era amado por sus súbditos, pero al mismo tiempo era respetado por ellos. A veces sabía ser espléndido con su pueblo, y esto impedía que fuese odiado por él.

La ambición de Proserosky le había conducido hasta el trono de Astrakan, pero no se había detenido allí su afán de grandeza. Su pensamiento iba más allá, remontaba el río Volga que lo separaba de la corte de Moscov, y llegaba hasta el mismo palacio del Zar. Sus sueños de gloria le arrastraban más lejos de lo que su misma razón habría querido llevarlo. Desde hacía tiempo, mucho tiempo, alimentaba el fuego de una idea insensata. Hacer la guerra al señor de todas las Rusias; destronar al

«padrecito», aquel Zar que por designio del Cielo reinaba en el vasto Imperio con su bondad sin límites. Y mientras que la única ambición del Zar era administrar justicia y vivir en paz con todos sus súbditos, desde el más alto al más humilde un príncipe de sangre real soñaba en derrocarlo para ocupar su puesto y coronarse Emperador. Y el Zar, con su gran bondad, ignorante de los designios del príncipe Proserosky había renunciado no sin dolor a la compañía de la bella princesa Dolgonsky que durante varios años había sido el ornato de la Corte, para entregársela en matrimonio, para que fuera portadora de un mensaje de paz y amor, a través del río, hasta el lejano confín de aquel país un poco salvaje, dominado por un príncipe ambicioso...

Llegaron los augustos huéspedes y el pueblo les hizo objeto de un recibimiento entusiasta. La acogida de los futuros súbditos de la princesa Dolgonsky fue conmovedora, mientras que la de la Corte del príncipe fue una verdadera apoteosis de lujo y de belleza. Y, sin embargo, ¡qué desolación tan grande se apoderó de ella al llegar al final del viaje! La nave «rebelde», con sus tripulantes, no había anclado en el muelle, sino que había quedado alejada; río adentro, limitándose Stenka a ordenar que la princesa y su padre fueran conducidos a tierra. Ni siquiera se había despedido de ella. A partir de la noche inolvidable en que el barco fue atacado por los cosacos, después de la conmovedora entrevista que habían tenido en su camarote, el cosaco había vuelto a poner entre ambos una barrera de hielo. Ni una sola vez volvieron a verse. Supo ella el peligro que habían corrido por boca de otros, sobre todo por boca de Nikolka, el hermanito de Stenka que tripulaba también la embarcación rebelde y se había hecho su amigo, pero éste no había vuelto a dirigirle la palabra. ¿Por qué se conducía de aquella manera tan extraña? ¿Por qué la dejaba abandonada a su suerte? ¿Por qué no trataba de influir sobre su débil carácter de princesa acostumbrada siempre a obedecer sin rebelarse? ¡Ah, si él hubiese querido, con qué gusto le habría seguido al fin del mundo, a donde fuera, con tal de vivir cerca de él! Habría querido que aquel viaje no terminase nunca. Navegar, navegar siempre por aquel río mágico, oyendo los cantos de los cosacos, teniendo junto a ella aquel ser extraordinario, aquel hombre desconcertante, a quien amaba tan intensamente que no concebía ya la vida sin él. ¿Qué le importaba a ella su rango, su condición de princesa, si ello la alejaba del hombre adorado? Cómo envidiaba a las humildes compañeras de los cosacos, aquellas pobres mujeres que en su niñez había visto tantas veces en el campamento de su padre dedicadas a los más humil-

des menesteres. Ella, no; ella debía acallar las voces de su corazón, renunciar a los derechos de su juventud para darse en matrimonio a un hombre que no había visto más que una vez, cuyo rostro recordaba vagamente con un sentimiento de miedo...

Por sus ojos fatigados de tanto llorar pasaron las escenas mágicas de su llegada a la capital del principado, su entrada en Palacio, el rostro del príncipe inclinándose sobre el suyo y besándola en la frente... Luego, las miradas curiosas de los cortesanos, expresiones diversas, rostros de hombres y mujeres... Terriblemente fatigada y doliente, hubo de sostener a pie firme la avalancha humana que acudió a recibirla. Como un cuerpo sin alma se dejó traer y llevar, y oyó palabras que le parecieron vacías y sin sentido, y hubo de responder con sonrisas a las que las damas de la corte le prodigaban mientras sus miradas inquisidoras se posaban en su rostro tratando de descubrir implacables la menor incorrección. ¡Cuántas, entre aquellas mujeres que se inclinaban ante ella, se sentían envidiosas de su suerte! ¡Cuántas habrían querido sustituirla en aquel momento, cuántas la odiaban, tal vez, por el delito de haberles robado el corazón del príncipe...!

El príncipe Proserosky, su prometido esposo, le inspiraba un sentimiento mezcla de temor y repugnancia. El pensamiento de que dentro de breves días se convertiría en su marido, se le hacía insoportable. Habría querido morirse, o al menos, tener el valor de oponerse, rebelarse contra aquella desdichada orden. ¡Ah, si el «padrecito» estuviera allí con ella, con qué confianza dictada por el Zar, que en su calidad de princesa debía acatar, y con qué anhelo le habría su corazón, con qué ansia se echaría a sus pies pidiéndole que la relevase del cumplimiento de su corazón! El Zar, tan bueno, tan compresivo, se compadecería de ella y accedería a sus deseos.

Proserosky la colmaba de regalos, la hacía una corte galante y rendida, como si adivinase lo que pasaba por su corazón y quisiera conquistarla poco a poco. Parecía enamorado, pero en el fondo, lo único que sentía hacia su futura esposa era el deseo de su belleza.

Mientras tanto, allá en la nave, Stenka Rasin, estaba sufriendo una crisis de desesperación infinita. El pobre medallón que le regalara la princesa había sido la inocente víctima de la furia impotente del cosaco. Después de contemplarlo largo rato con amor entrañable, casi con adoración, en un acceso de ira lo acababa de arrojar al río. Las aguas tranquilas del Volga lo habían engullido. El delicado presente que una noche le hiciera la princesa había sido el compañero inseparable del cosaco

hasta aquel momento. Por nada del mundo se habría separado de él, y, no obstante, ahora, al tirarlo al agua en un impulso irreflexivo, no se había detenido a pensar en el valor moral de aquel objeto. Lo apartaba de su lado con rabia porque le recordaba a la mujer que quería olvidar, la mujer que no habría querido conocer nunca, y que pronto, muy pronto, pertenecería a otro hombre.

Acababa de llegar a la nave un emisario del príncipe Dolgonsky. Venía a llevarse, según él, unos documentos que pertenecían a su señor. Pero los cosacos no estaban dispuestos a entregar nada, absolutamente nada. Que se volviera por el mismo camino si no quería ir a parar a las frías aguas del Volga.

Aquellos documentos fueron encontrados poco después por Stenka en uno de los cajones del camarote principesco. Los miró distraídamente, pero un instante después corría alocado de un extremo a otro del buque llamando a sus cosacos, que iban acudiendo alarmados por los gritos de su jefe. Quería comunicarle que aquellos documentos eran de un valor inapreciable. Nada menos que la prueba fehaciente de la traición del príncipe Dolgonsky. Era verdad. El padre de la princesa estaba desde hacía tiempo de acuerdo con su futuro yerno para levantarse en armas contra su Emperador. Así pretendían pagar aquellos dos nobles los favores que el Zar les había dispensado siempre. La bondad del «padrecito» había sido precisamente un acicate para sus innobles ambiciones. Soñaban con reinar sobre el vasto imperio de un modo absoluto. Era empresa difícil aquella, pero el príncipe Proserosky no se detenía nunca ante nada, cuando se trataba de satisfacer sus desmesuradas ansias de grandeza.

—Cosacos, mis nobles amigos —gritó Stenka dirigiéndose a sus compañeros—. Vosotros me habéis elegido vuestro jefe, como un día lo fué mi hermano. Pues bien, yo os pregunto ahora: ¿Queréis seguirme? ¿Estáis dispuestos a sacrificar hasta vuestra última gota de sangre para probar vuestra fidelidad a nuestro Emperador y a vuestra fe de cosacos? Proserosky y Dolgonsky quieren derrocar el Poder de nuestro Zar, sin acordarse de que son sus indignos vasallos. Este documento habla de un plan secreto para llevar a cabo sus proyectos, quieren apoderarse de los dominios donde gobiernan en nombre de nuestro «padrecito». No se defienen aquí sus ambiciones. Piensan constituir un ejército lo suficientemente fuerte y poderoso para ir contra Moscú. La flota de Proserosky estaría dispuesta dentro de poco tiempo a secundar los planes de su señor. Pero aquí estamos nosotros para impedirlo, al menos para retardar sus planes en forma que nuestro Zar tenga tiempo de aperebirse de la trai-

ción que están tramando contra él y aprestarse a la defensa. Tú, Nikolka, hermano mío, abandonarás esta noche el barco y te dirigirás a Moscou en otro barco que sale al amanecer para la capital del Imperio. Irás a prosternarte ante el Zar y le llevarás este documento. El hablará por nosotros. Le dirás que Stenka y sus cosacos están en el Volga, a la vista de la capital de Astrakan, dispuestos a trabar combate con la flota entera de príncipe, para entorpecer sus planes. Si no volvemos a vernos, que Dios te bendiga...

Se abrazaron conmovidos. El pequeño Nikolka era el gran amor de Stenka. Sentía por él ternuras de padre. Le había acompañado siempre en su vida aventurera, y juntos habían sufrido persecuciones sin cuento. Juntos también habían visto morir asesinado a su hermano mayor y solamente se habían separado una vez, cuando Stenka había ido a Moscou a pedir justicia al Zar. Ahora volvían a separarse por un motivo parecido. Sólo que no era Stenka, sino el pequeño Nikolka el que se iba. Era ciertamente, una misión muy delicada la suya, pero no tan peligrosa como la que tendrían que cumplir los demás cosacos que quedaban junto a Stenka. Ellos tendrían que sostener una lucha difícil. Los cosacos sabían morir y Nikolka llevaba sangre de auténtico cosaco. Si fuera necesario, sabría inmolarse también en aras de su Patria, ¡pero eran tan joven! Stenka no se decidía a sacrificarlo. Si se quedaba allí, junto a ellos, y el príncipe daba la batalla morirían todos. No, no, era mejor que corriese la aventura. Que fuera a Moscou, a llevarle al Zar el mensaje de la fidelidad y el agradecimiento de los hombres de su raza. Era un digno representante de ella. Filka fué también designado para acompañar a Nikolka.

* * *

Y llegó el día tan temido para la princesa Dolginsky. El día de sus esponsales con Proserosky. La pequeña lucecita de esperanza que alentaba todavía en su alma se había apagado por completo. Hasta aquel momento había estado esperando... ¡Qué se yo! Un prodigio, una catástrofe, algo, en fin, que impidiese realizar aquel sacrificio. Imaginativa y soñadora como todas las mujeres desde su llegada a Astrakan había pasado las horas esperando, esperando... Pero el prodigio no se había realizado. La realidad, la cruel realidad había venido a llamar a la puerta de su regío dormitorio para advertirle que había llegado el momento de vestirse para la ceremonia preliminar



Cuando la princesita se enteró de lo ocurrido, en la tienda de su padre...



Las miradas de aquellos hombres se posaron en ella.

de sus esponsales. Se había dejado vestir resignadamente, como un autómatas, se había dejado poner las más ricas vestiduras, las joyas más preciadas de la Corona de Astrakan. La habían perfumado, la habían embellecido, la habían convertido en una criatura deslumbradora, fantástica, como una princesa de leyenda. ¿Qué le importaba a ella todo aquello? ¿Qué le importaban las joyas deslumbrantes, los ricos vestidos, los perfumes orientales, si no era feliz, mejor dicho, si aquello era el precio de su felicidad?

Al pie de la gran escalinata del Palacio esperaba el príncipe Proserosky, rodeado de los altos dignatarios de su Corte. Descendió la princesa lentamente, muy lentamente, como si quisiera retrasar el momento en que sus manos deberían sentirse aprisionadas entre las de su prometido, que dentro breves horas se convertiría en su marido. Las lágrimas contenidas nublaban sus ojos, poniendo entre ella y las cosas que la rodeaban, un velo de infinita tristeza. Era inútil que todo brillara a su alrededor, que el Palacio resplandeciera de luces. En su alma era noche cerrada, y ella no veía más que hacia dentro. No podía, no podía resignarse, y, sin embargo, seguía su camino hacia el sacrificio.

Las mujeres de la Corte la miraban ávidamente, asombradas e indignadas al ver su rostro ensombrecido por una expresión de tristeza incontinente. ¿Cómo se atrevía aquella princesa, venida de la lejana corte de Moscou, a mostrar tan impudicamente su pena, en lugar de resplandecer de gozo? ¿Acaso el príncipe Proserosky no valía la renuncia a los placeres de la corte de Moscou, que ellas sabían austera y sencilla a pesar de su pompa y boato? La envidia las cegaba. Si la princesa hubiese mostrado su rostro alegre y feliz, también se habrían sentido heridas. ¡Cuántas de ellas habrían querido estar en su lugar! ¡Cuántas de ellas se habrían considerado felices, con ser no ya la mujer, sino la amante de aquel príncipe de leyenda!

Llegó el momento del banquete. Los más ricos manjares, las frutas más exquisitas traídas de todos los confines del país, fueron servidos en aquella mesa servida con un lujo oriental.

El príncipe la presidía, y a su lado, imagen viva de la melancolía, se sentaba la princesa. A la izquierda del anfitrión se encontraba Dolgonsky, quien había puesto todos sus anhelos no precisamente en los manjares, sino en los vinos que se iban sirviendo. Copa que le servían, copa que vaciaba de un trago, en una forma poco elegante tal vez, pero muy adecuada a la enorme capacidad de su estómago.

Los músicos atacaron un paso de danza y entonces, del

fondo del vasto salón, salieron unas bailarinas vestidas con los trajes típicos de Astrakan, de una belleza y una suntuosidad orientales, iniciaron una danza de ritmo cadencioso y lánguido primero, que, poco a poco, iba acelerándose hasta convertirse en una danza vertiginosa. Aquel espectáculo era de una gran belleza, pero ninguno de los tres personajes, en cuyo obsequio se había organizado, tenía el ánimo propicio para saborearlo. Cada uno de ellos tenía una preocupación distinta. La del príncipe Dolginsky era tal vez la menos complicada. Pensaba siempre en la calidad del nuevo vino que le servirían. En cuanto a Proserosky, el novio afortunado, el futuro dueño de aquella criatura adorable que se sentaba a su lado, no pensaba precisamente en la felicidad que su posesión podría reportarle. Su pensamiento iba más lejos, allí donde le llevaba su ambición incontenible. La princesa era ya una cosa suya, una cosa que no le había costado gran trabajo obtener, puesto que se la habían otorgado generosamente. En cambio, el vasto Imperio ruso, aquel inmenso Imperio gobernado por un Zar generoso y magnífico, cuyo sobrenombre de «pacífico» no podían pronunciar los labios del príncipe sin contraerse con una mueca de desprecio, era un objeto digno de sus ambiciones. No era cobarde el príncipe. No era hombre de retroceder ante ningún peligro. Sabía que su ambición, al llevarlo tan lejos, podría convertirlo en su propia víctima: Que la empresa era difícil, sumamente difícil y peligrosa. Que tal vez perecería en ella, arrastrando en su caída a su principado... Todo esto era cierto, pero, en cambio, si triunfaba, si lograba apoderarse, primero, de su propio país de Astrakan, y hacerse proclamar Emperador, y luego, remontar el río con su flota y llegar hasta las márgenes de otras ciudades en donde no ejercía ningún derecho, apoderarse de ellas y someterlas. A su alrededor tenía hombres ambiciosos y fieles, dispuestos a secundarle, el ejército suyo, una flota poderosa.

Sabía, empero que el emisario que había enviado al barco que condujera a la princesa y a su padre, en busca de los preciosos... y elocuentes documentos comprometedores, había regresado con las manos vacías. Esto significaba que Stenka, el temible cosaco, se había apoderado de ellos y se disponía a hacerlos llegar a manos del Zar... Para evitar este peligro había ya dado órdenes terminantes en el sentido de descubrir quienes eran los encargados de llevarlos.

—Os va con ello la cabeza — había dicho a uno de sus secuaces al advertirle de sus deseos.

—Y la vuestra, señor — había contestado el otro, con un ligero dejo de ironía.

—Es preciso que estos documentos no lleguen a su destino. Hay que obrar rápidamente, y luego, hay que ir contra este maldito caudillo, hay que aplastarlo, aniquilarlo a él y a todos los suyos. Sólo entonces, cuando él haya muerto como murió su hermano, y los cosacos vuelvan a su condición de antes, podremos cantar victoria.

Estos eran los pensamientos que absorbían la mente del príncipe Proserosky mientras las bailarinas trenzaban sus danzas.

Para capturar al hermano de Stenka y a su fiel compañero, había sido destacado uno de los mejores «sabuesos» de la policía particular del príncipe, quien no había tardado en «localizar» a los presuntos portadores de los preciosos documentos, en una posada de la ciudad. Lo vemos ahora sentado al lado de Filka y dispuesto a no parar hasta emborracharle para arrancarle el dulce secreto, enterarse del lugar donde guardan los preciosos documentos tan comprometedores para su señor, y apoderarse de ellos...

Pero no contaba él con la picardía del gran compañero de Stenka. Una hora más tarde el burlador se había convertido en burlado, es decir, el borracho era él mientras Filka seguía tan fresco y tan campante. No había cuidado de que los enemigos del Zar pudieran apoderarse de tan preciados documentos. Allí estaban los dos cosacos para impedirlo, y ante su firme voluntad de llegar hasta Moscú con ellos, poco o nada podrían las argucias de los hombres de confianza del príncipe Proserosky.

Mientras tanto, en Palacio seguía el festín, pero ni los ricos manjares, ni el vino que había corrido en abundancia, ni la música, ni la danza, lograban romper el hielo que separaba al príncipe de su prometida. Esta seguía muda y triste, en actitud de sumisión más que de contento. Y llegó un momento en que el príncipe se creyó obligado a expresar en voz alta sus pensamientos, pensando tal vez dar con ello una alegría a sus comensales.

—Mañana pienso ofrecerles la cabeza de Stenka en la comida de nuestras bodas — dijo sonriendo.

No se fijó en la mirada de estupor que acababa de dirigirle su prometida y continuó en el mismo tono:

—Stenka Rasin, el jefe de los cosacos, pagará cara su insurrección; es un perro vil al que hay que aplastar sin compasión si no queremos que se convierta en un enemigo peligroso. Tiene mucho ascendiente entre los suyos, como en otra época lo tuvo su hermano, pero daremos buena cuenta de él antes de que pueda ocasionarnos mayor daño...

Se interrumpió al ver que la princesa, con el rostro inten-

samente pálido y una luz extraña en sus verdes pupilas, se levantaba bruscamente, y se disponía a abandonar la mesa.

—¿Qué os sucede? ¿Os sentís indisputada? —preguntó amablemente, cambiando de tono—. ¿Os han asustado acaso mis palabras?

—En efecto, estoy indisputada — se limitó a responder ella.

Y saludando con una leve inclinación de cabeza a los demás comensales, corrió hacia la gran escalinata, la subió rápidamente y desapareció a través del dedalo de las galerías de Palacio. Quedaron solos los príncipes Dolginsky y Proserosky. El primero, medio embrutecido por los vapores del alcohol, miró a su yerno con aire socarrón, como diciéndole:

—¡Estas mujeres! ¡Todas son unas histéricas! Pero tú tampoco estuviste muy acertado en ofrecerle la cabeza de un hombre como regalo de bodas. Francamente, creo que habrías podido escoger un presente más apetecible...

—Deseo hablar a solas con vos de un asunto que nos interesa a ambos — insinuó Proserosky.

Se levantó, y la pesada humanidad de Dolginsky hizo lo mismo no sin grandes trabajos. Su enorme peso y el vino que había ido depositando en su estómago, hacían difíciles sus menores movimientos. Siguió con grandes trabajos a su futuro yerno, que le condujo a uno de los salones privados de palacio. Allí, sin testigos indiscretos, podían hablar libremente.

—Supongo que estaréis dispuesto a secundarme en mi plan de exterminar a Stenka y los suyos y luego ir contra el mismo Zar. Tenemos grandes probabilidades de triunfar en nuestra empresa. Entonces, cuando todo haya sido vencido, seremos los señores más poderosos de toda Rusia.

Se interrumpió al ver que la pesada cabeza de Dolginsky se movía como un péndulo haciendo signos negativos.

—¿Qué queréis decir con este gesto? ¿Es que acaso os habéis vuelto atrás?

—He jurado —repuso el otro solemnemente, y por un instante su rostro abortado y encendido por el alcohol, adquirió una expresión digna y austera—. He jurado —repitió— y no puedo faltar a mi juramento. Cuando Stenka tenía mi vida en sus manos y habría podido asesinarme impunemente, a mí y a mi hija, me perdonó generosamente, a cambio de que le jurase no volver a perseguir a los suyos, y acatar las órdenes del Zar. Soy un hombre de honor y no puedo faltar a mi juramento.

—¿Entonces os negáis a ser mi aliado?

—Me niego a faltar a mi juramento — repuso Dolginsky obstinadamente.

—¿Es esta vuestra última palabra?

—He jurado — siguió machacando el príncipe sin encontrar otros argumentos más convincentes.

Proserosky se mordió los labios. No quería aceptar las razones de su suegro, porque si bien comprendía el valor que pudiera tener un juramento para un hombre de honor, no podía aceptar que la palabra dada a un cosaco tuviera categoría de tal. En aquella obstinada negativa de su suegro de secundar sus planes veía tan sólo una traición y una felonía, sin querer darse cuenta de que el traidor era él, ¡éél!, que se disponía a ir contra su Patria y su Emperador.

—Está bien —aceptó—. Permitidme que me retire y os advierta además que me reservo el derecho de obrar en consecuencia.

Salió rápidamente del salón, y Dolginsky se quedó solo, solo con su semi borrachera y la sensación de que acababa de indisponerse para siempre con su señor yerno. El príncipe, al salir, con un gesto de ira, había corrido una magnífica cortina de terciopelo que separaba el salón de la habitación contigua. Dolginsky, después de unos instantes de vacilación, decidió marcharse también. Sus manos regordetas y torpes separaron la cortina y... ¿Qué fue lo que vieron sus ojos? ¿Acaso el alcohol había trastornado su vista hasta el extremo de hacerle ver visiones? En la puerta del salón, tres fieros esbirros de su terrible yerno le barrían el paso, armados y dispuestos sin duda a cometer con él las peores atrocidades si se negaba a obedecerles. Pero el príncipe no se hallaba en aquel momento en disposición de rebelarse. Comprendió inmediatamente lo que aquello significaba. Proserosky no quería que abandonase aquella habitación y le invitaba muy galantemente a constituirse prisionero. Con tal de que le trajeran buenos manjares y mejores vinos... —pensó filosóficamente—. Y decidió resignarse.

Mientras tanto, allá en el Volga, los cosacos se aprestaban a la batalla. Iba a ser aquella una lucha desigual, puesto que la flota del príncipe era fuerte y numerosa, mientras que ellos... No importa. ¿Sabían que iban a arrojar a una empresa insensata, pero es que el heroísmo pide nunca seguridades? Si fuera así dejaría ya de serlo, y todos aquellos cosacos tenían el espíritu fuerte y abnegado de los héroes legendarios. Sabían luchar y sabían morir noblemente. Aunque la flota del príncipe fuese cien veces mayor, aunque su sacrificio retardase solamente en una hora la partida, de aquella para su tenebroso destino, no vacilarían ni un momento en inmolar sus vidas. Además, Stenka les había ordenado luchar, y, por ello, porque su amado caudillo se lo había ordenado, ellos lucharían hasta la muerte! Su sacrificio no sería estéril, porque no lo es nunca el sacrificio que se hace en aras de un ideal noble y elevado.

¿Qué hacía entre tanto la princesa? ¿Resignarse acaso y llorar en su suntuosa estancia de Palacio, esperando a que su prometido acudiera a ella para repetirle aquellas palabras que la habían hecho estremecer? No, no. La sangre de los Dolgonsky corría por sus venas, y acababa de despertar en ella con fuerte pujanza la hija de guerreros. No más, no más debilidad y resignaciones. Había llegado el momento de obrar.

Se despojó rápidamente de sus ricas vestiduras. ¡Con qué placer, con qué salvaje alegría arrojó lejos de sí todo aquel rico atuendo con que su prometido había querido realzar su belleza! ¡Con qué alegría, casi infantil, se vistió su traje de cosaco, aquel traje que había llevado tantas veces y que vestía con mayor gusto que ningún otro!

Y fué así, vestida como los suyos, que la vio llegar Stenka a su barco y arrojarle en sus brazos, rendida de fatiga, después de haber vencido mil obstáculos y de haber sido perseguida de cerca por los hombres del príncipe. Su voluntad de mujer, y de mujer enamorada, había sido más fuerte que todo. Ahora, estrechamente abrazada a él, llorando y riendo, contándole con frases entrecortadas su dolorosa odisea, era tan feliz, tan feliz, que si en pago de aquella felicidad hubiese tenido que morir, habría dado la vida gustosamente, convencida de que aquel momento bien valía todos los sacrificios.

Ahora nadie ni nada podría separarles. Aquel abrazo acababa de unirles para siempre, para siempre, en la vida y en la muerte. Que llegase esta última y la verían acercarse sonriendo, porque tal vez ella les uniría más y más, en un lazo que los hombres del príncipe ni ningún poder de la tierra podría ya romper. Eran el uno del otro y seguirían siéndolo más allá de la vida, a donde la muerte quisiera llevarles. No eran ya el cosaco y la princesa, eran un hombre y una mujer, en el umbral del misterio, prestos a convertirse en dos sombras.

—¿Por qué has venido? —balbuceó él—. Tú sabes que vamos a ser atacados por Proserosky, que tal vez muramos todos.

—No importa —repuso ella sonriendo y ocultando su linda cabecita en el pecho de Stenka—. No importa. He venido sabiendo lo que iba a suceder y no me arrepiento. ¡Soy tan feliz ahora, tan feliz! Ya verás, ya verás, cómo sabré luchar dignamente, como la mujer de un cosaco, y sabré morir también, si la muerte llega. Prefiero morir junto a ti a vivir en el palacio del príncipe. No me creías capaz de venir a buscarte, ¿verdad? En el fondo de tu alma me despreciabas porque no sabías lo que había dentro de la mía. Stenka, dentro de unos instantes comenzará la lucha y tal vez, como tú dices, moriremos todos. Pues bien, mis palabras tienen ahora el valor de un testamento. Te quiero, te he querido desde el primer mo-

mento en que te conocí, allá en Moscou, cuando te vi erguido y altanero ante los nobles, humilde y dulce ante el Zar, pidiendo justicia para los tuyos. Luego, durante aquel viaje, ¿te acuerdas? Cuando gracias a tu arrojo y valentía vencimos el ataque de los tártaros. Confieso que cuando el Zar me dijo que serías tú el que me conduciría hasta mi padre, tuve un poco de miedo. Sabía el mal que te habían hecho los míos, y temí que intentaras vengarte. Pero después, cuando me convencí de que eras el ser más noble y más bravo de la tierra, me arrepentí de mis malos pensamientos. ¡Con qué gusto te lo habría confesado y te habría pedido que me perdonases!

¿Cuánto tiempo permanecieron Stenka y la princesa estrechamente abrazados, olvidados del mundo exterior, atentos sólo a vivir aquellos momentos de dicha inefable? Ni ellos mismos habrían podido decirlo. Habrían querido permanecer así la noche entera, bajo el cielo tachonado de estrellas, contemplando las mansas aguas del río, aquel río que dentro de poco tiempo, instantes tal vez, iba a ser teatro de una lucha cruel.

Pronto hubieron de renunciar a sus sueños, deshacer aquel abrazo que les unía, aprestarse a la lucha, volver a la triste realidad de aquel momento difícil. Un beso, un beso en el que se condensaron todos sus anhelos y todos sus deseos, y Stenka tomó el mando de la nave. Su voz poderosa y fuerte empezó a dejarse sentir, impartiendo órdenes.

La flota del príncipe había causado ya graves daños a la nave, con grandes pérdidas de hombres. Pronto llegarían a abordarle... pero en el momento decisivo saltarían el polvorín, hundiendo el barco y pereciendo todos.

Stenka corría de un extremo a otro del buque, arengando a sus hombres con su voz cálida y persuasiva, alentándoles, inclinándose sobre los moribundos para murmurar en su oído una palabra de adiós.

Pero he aquí que una bala traidora acaba de herir a la princesa. El tiempo justo de correr hacia ella, al verla vacilar, y sostenerla amorosamente.

—Anna, Anna —le grita llamándola por primera vez por su dulce nombre—. Anna querida.

La sostiene en sus brazos, la llama una y otra vez angustiosamente. Los labios de la princesa se mueven para hablar, pero no alcanzan a pronunciar una sola palabra. La herida ha sido mortal, pero todavía tiene fuerzas para agarrarse con sus manos crispadas al cuello del amado. Sonríe y sus pupilas vidriadas miran a Stenka, lo miran con una expresión indefinible, ávida y largamente, como si quisieran llevarse a la tumba la imagen querida. Stenka la acaricia, la besa, acerca

sus mejillas sudorosas al rostro de la pobre mujer, blanco ya con la palidez de la muerte...

Y cuando todo ha terminado, las manos piadosas del amado cierran aquellos ojos queridos y murmura como si ella aún pudiera oírlo.

—Espera un poco amada mía, espera un poco. Pronto, muy pronto estaré contigo.

Los brazos vigorosos del cosaco levantan el frágil cuerpo inerte. Quiere echarlo al Volga, devolverle al río, el río aquel que se la dió. Si no hubiese surcado sus aguas, la princesa no estaría ahora allá, en el umbral de la eternidad, esperándole...

Un momento después una explosión formidable estremece las mansas aguas del río famoso. Ha sido volado el polvorín de la nave. Stenka y los suyos han dado su vida por su Patria y por su Emperador, pero su sacrificio no ha sido estéril. Desde ahora y para siempre el nombre de Stenka y sus heroicos compañeros será pronunciado con veneración y amor por las generaciones venideras. Los pueblos no olvidan NUNCA a sus héroes.

EPILOGO

El travieso Filka y el pequeño Nikolka han llegado a Moscou, han sido recibidos por el «padrecito», se han arrojado ante él como un día no muy lejano lo hiciera Stenka y le han entregado los preciosos documentos. El Zar sabe ya la traición del hombre en quien había depositado toda su confianza y a quien había entregado el tesoro virginal de la princesa. Sabe también por un emisario que acaba de llegar a Moscou, que Stenka y los suyos han perecido en el desigual combate. Los ojos del Zar están secos, pero su corazón sangra. Acaba de perder a uno de sus más fieles súbditos y el Zar Alexey Michailowitch ama a todos ellos —hasta los que le tracionan— como a hijos suyos. Inclina la cabeza venerable, y dirigiéndose al pequeño Nikolka le dice solemnemente:

—Hemos llegado tarde a salvar a tu hermano, pero no a administrar justicia. Proserosky y los suyos recibirán el castigo que merecen, y desde ahora mismo los cosacos, los dignos compañeros de mi amado Stenka, bendecirán su nombre porque él será como un augurio de paz y bienestar para ellos.

F I N

— 32 —

Editadas

- *Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
- * — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
- * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- * — 4. *La vida de la Bohème*, por Marta Eggerht y Jan Kiepura.
- * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- * — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.
- * — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
- * — 8. *La tumba india*, por La Jana.
- * — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
- * — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
- * — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
- * — 12. *La marca de Caín*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
- * — 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
- * — 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- * — 15. *El Capitán Costall*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
- * — 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
- * — 17. *Baile en el Metropól*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
- * — 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- * — 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jansenn.
- * — 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
- * — 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- * — 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
- * — 23. *Caballería ligera*, por Marika Röck y Fritz Kampers.
- * — 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
- * — 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
- * — 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
- * — 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Forster.
- * — 28. *El Trio de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- * — 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
- * — 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahns Holt.
- * — 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Ledric Ardwick.
- * — 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
- * — 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
- * — 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
- * — 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Helli Finkenzeller.
- * — 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
- * — 37. *Un par de Gitanos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
- * — 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerht y Paul Hartmann.
- * — 39. *Rosalie*, por Eleanor Powell y Nelson Eddy.
- * — 40. *La vuelta al hogar*, por Zarah Leander.
- * — 41. *Quesos y Besos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
- * — 42. *La hija de Drácula*, por Gloria Holden y Otto Kruger.
- * — 43. *El beso revelador*, por Warren William y Gail Patrick.
- * — 44. *El ocaso del poder*, por Buck Jones y Dorothy Dix.
- * — 45. *Una semana en la Luna*, por Anny Ondra y Hans Shonker.
- * — 46. *Concierto en la Corte*, por Marta Eggerht y Johannes Heesters.
- * — 47. *Aguilas heroicas*, por James Cagney, Pat O'Brien y June Travis.
- * — 48. *Mares turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
- * — 49. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
- * — 50. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gaal.
- * — 51. *La bailarina vienesa*, por Lillian Harvey y Rolf Moebius.
- * — 52. *El doble del Rey*, por Alberto Matterstock y Gusti Huber.
- * — 53. *Brazos de acero*, por Victor Mc. Laglen y Binnie Barnes.

* Agotadas.

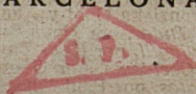
En preparación

VALLE PROHIBIDO, por NOAH BEERY, JR.

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 154

BARCELONA



N.º 54